

Alexander Rivanov

Sergio Crespo Del Río



## Capítulo 1

Por fin, cuando se levantó la niebla, respiraron tranquilos. Desde la mañana de aquel frío día de invierno habían oteado el horizonte sin descanso, a pesar de ser incapaces de ver a quién tenían a su lado. Sin embargo, la espesa neblina parecía haber imposibilitado cualquier intento de asalto por parte de las fuerzas polacas.

El castillo se encontraba a pocas millas de la frontera con las regiones bálticas, ansiado territorio por su valor estratégico, tanto económico como militar.

Alexander Rivanov, príncipe ruso al mando de la guarnición, cerró los ojos enrojecidos. Se apoyó en la almena más cercana y dejó que el gélido aire de la tarde entrara en sus fosas nasales y limpiara sus pulmones. Su primo podría decir lo que quisiera, pero nunca cambiaría el norte por las cálidas tierras ucranianas de las que tanto presumía. El frío hacía fuertes y trabajadores a los hombres, convirtiendo aquel lugar en una tierra rica y próspera. Razón en parte por la cual un ejército descansaba a pocas millas de los muros.

Cuando volvió a abrir los ojos no pudo moverse, estupefacto. Casi aclarado, el horizonte lo deleitaba con una escena escalofriante. Ante él, largas columnas compuestas por varios miles de hombres avanzaba en dirección a la fortaleza. Grandes y oscuras torres se deslizaban lentamente sobre la nieve.

Confiaba en sus hombres. Junto a él, contemplando a las huestes del oeste, se encontraban los soldados más valientes que hubiera conocido. Su escolta, probados hijos de los nobles más reputados, con las mejores armas y armaduras. Brazos hábiles y vigorosos las portaban. Necesitaría de su ayuda en la batalla que se avecinaba.

Hizo sonar el cuerno, no había un segundo que perder. Al instante, la hacía unos momentos silenciosa ciudad, cobró vida. Cientos de personas corrían por las calles. Hombres de armas y milicias se afanaban por ser los primeros en ocupar sus puestos.

“No pasarán” se repetía a sí mismo.

Arqueros y arcabuceros tomaron posiciones a su alrededor, apuntando sus mensajeros de muerte al enemigo. Mientras, los artilleros cargaban las balistas en los torreones salpicados a lo largo de la muralla.

-Disparad.-Se limitó a decir. Y así, la batalla dio comienzo.

Una intensa lluvia de fuego y acero cayó sobre el ejército ante ellos, y poco tardó el rastro de cadáveres en hacerse visible a sus ojos. Las poderosas torres móviles, antes tan estremecedoras, ahora ardían en llamas bajo el abrasador fuego de los hábiles artilleros.

No tardaron mucho sus hombres en gritar y celebrar la victoria. Una victoria que no había sido ganada todavía. Se mantuvo impassible, pues sabía que aquello no podía ser todo. Los polacos se reservaban algo.

Y así fue. De pronto, junto a él, Nikolai se desplomó sobre la almena, a punto de caer al vacío bajo ellos. Al momento pudo sentir las balas silbar en el aire a su alrededor, golpeando paredes, escudos y la frágil carne de

los desgraciados alcanzados.

Su escolta poco tardó en acudir en su auxilio, aunque no lo necesitara. Sin embargo sus escudos cubrieron su visión del campo de batalla. Retrocedió varios pasos, alejándose del peligro y del alcance de los artilleros enemigos. Cuando volvió a echar un vistazo, las escalas golpeaban la fría piedra de la muralla. Polonia había llegado y sería difícil expulsarla de los muros. Conocía su infantería de choque, acabarían con quien quiera que saliera a su encuentro.

-Preparaos.-Ordenó.

A su alrededor el acero brillaba bajo el sol invernal y más y más hombres acudían a lo alto de las murallas para defender lo que era su hogar.

Como había previsto, la infantería acorazada trepó las escalas y rápidamente comenzaron a barrer a sus hombres como un cuchillo caliente atraviesa mantequilla. Veía caer a aquellos con quién había compartido momentos a lo largo de su vida. Recordaba sus caras, ahora cubiertas en sangre y mutiladas. Por todas partes, la defensa se desmoronaba, viéndose sobrepasada.

Desesperado, bajó corriendo a la calle y ordenó a los hombres que allí se encontraban a reforzar la muralla.

Armados con hachas y escudos no dudaron en subir la escalera de caracol que conducía a una muerte casi segura. Debía ganar tiempo. Aún no sabía para qué, pero algo se le ocurriría, o algo pasaría. Rezó a Dios porque un milagro se presentara.

Cual respuesta del mismísimo Diablo las puertas cedieron bajo un fuerte estruendo. Ni siquiera había visto el ariete enemigo. ¡Cuán rápido había llegado! Sorprendido por la debilidad del portón, se subió a lomos de su caballo y cabalgó a toda prisa al lugar, alentando a los hombres que en su camino se topara a seguirle.

La enorme columna polaca se lanzó contra la abertura sin orden ni intención. Rabiosos alaridos se oían al otro lado de las murallas para infundirse coraje, y funcionaba. Los defensores murmuraban asustados. Aquellos hombres de los que tanto se había enorgullecido ahora dudaban de su propio coraje, de su capacidad de lucha.

Casi dos centenares de soldados se atrincheraban ante el portón. Una improvisada empalizada reforzada por milicianos armados con escudos y lanzas servirían como barrera.

Se colocó tras ellos y aguardó el embiste de la oleada humana que traía la muerte a su ciudad.

Liderándolos, el general enemigo cargaba en su corcel contra las afiladas lanzas, ignorando el cercano peligro, como si la virgen le otorgara su gracia.

Pronto la superioridad numérica de su atacante rompería la formación. De modo que ordenó a todo hombre capaz de portar un arma que acudiera al lugar. Las reservas de su ejército que aguardaban en las calles escucharon la señal y corrieron, ansiosos por probar su valía en la batalla.

En cuestión de minutos se formó una enorme masa de personas frente a las puertas, y pudo ver el pánico en el rostro de su contrincante al ver el

error que había cometido. Sin estrategia alguna había confiado en la fuerza de sus armas para abrir paso y entrar en la ciudad. Ni siquiera había bombardeado el castillo.

El terror se apoderó de él, momentos antes de que una afortunada lanza le atravesara el cráneo, dejándolo irreconocible. Varios virotes cayeron sobre él desde las almenas los instantes previos a que cayera de la montura, muerto.

Lo que sucedió a la muerte del general sería descrito como una masacre. Pese a que las murallas resistían a duras penas, allí ya habían ganado prácticamente. El milagro había llegado.

Gritos en polaco se extendieron en el fragor de la batalla, probablemente dando la noticia de que su general había muerto.

Incluso los atacantes en las almenas dudaron unos instantes, pero tras contemplar como sus compañeros eran masacrados, decidieron huir igualmente.

No hubo piedad. Sabían que si les dejaban vivir, volverían a atacar el castillo. Los soldados se bañaban en la sangre de sus enemigos, incapaces de correr contra la barrera humana que eran sus compatriotas. Mientras que desde lo alto se les arrojaba todo objeto capaz de herir a un hombre. Enfundó la espada, pues no la necesitaría ese día. Se frotó la frente con la mano secándose el sudor antes de que se le congelase y retrocedió.

Quería salir de allí, lo necesitaba. Ya había visto la batalla, lo que en esos momentos se desarrollaba a sus espaldas no era más que una carnicería. Sin embargo, una parte de su ser deseaba que murieran cuantos más mejor, así no tendría que enfrentarse a ellos otro día.

Suspiró, cansado. Debía planear la defensa de sus tierras.

## Capítulo 2

Muerte. Hasta donde alcanzaba la vista solo veía muerte. Alexander, o Alexei, como le llamaba su madre, caminaba entre los muertos de sus enemigos seguido por su fiel corcel.

Vítores de júbilo llegaban desde las murallas y el interior de la ciudad, pero él no estaba contento. Habían ganado una batalla pero no la guerra. Los polacos se habían retirado, perdiendo varios cientos de hombres, pero su ejército excedía de sobremano ese número. Volverían a toparse con ellos, de eso no cabía ninguna duda.

Desgraciadamente su general había caído. Habría sido todo mucho más fácil si aquel infeliz, ignorante de estrategia alguna en la batalla, siguiera al mando de la hueste que asolaba sus tierras.

Toda su vida, su único objetivo había sido administrar sus posesiones y mejorarlas continuamente. Por ello había conseguido los aplausos del mismísimo Zar y el reconocimiento de su pueblo, que se enorgullecía de ser una de las regiones más desarrolladas de la nación. Y sin embargo, a su vez, siempre se había preparado para ese momento. Sus enemigos miraban con recelo sus riquezas, y el más cercano se encontraba a menos de cien millas de distancia. Los polacos y los rusos nunca se habían llevado bien. Las guerras entre ambos habían segado miles de vidas y destruido aquella buena tierra. Él mismo había estado presente en otras batallas antes que aquella, pero tan solo como observador.

Desde que cumplió la mayoría de edad y con permiso de su padre, había acudido a cuantas batallas pudo, para estudiar, saber qué hacer el día en que las vidas de sus súbditos dependieran de su victoria.

El momento había llegado. Había demostrado que estaba preparado para repeler cualquier ataque a la fortaleza. Ni siquiera lo había intentado, todo el mérito era del general polaco cuyo nombre desconocía. Pero el mayor problema al que se enfrentaba no era un nuevo ataque, sino la asolación y saqueo de sus dominios. Granjas y pueblos serían destruidos. El trabajo de su vida sería destrozado bajo el despiadado acero del oeste.

Así pues tomó una decisión. El ejército debía salir del castillo y enfrentarse al enemigo en campo abierto. La victoria garantizaría la seguridad de su gente por un tiempo, hasta que una nueva hueste atacara. Por fortuna, la batalla estaba ganada de antemano. Sin un líder claro a la cabeza, el desorden se apoderaría de ellos y podrían echarlos al otro lado de la frontera.

Demasiadas vidas de sus compatriotas habían sido tomadas ya. No dejaría que murieran más inocente.

Echó un último vistazo en derredor para guardar en su mente la imagen de la guerra. La muerte era lo único que esta traía. y sin embargo los hombres se afanaban en afilar sus espadas, prestos para la batalla.

Mientras que los niños en las calles jugaban con armas de madera, soñando con que algún día lucharían como sus padres antes que ellos.

Desearía poder coger a todos esos niños y mostrarles el desastre de aquel día. El antaño colorido campo que se extendía hasta el bosque más

cercano, a dos millas, ahora se teñía de sangre.

-Recoger a los caídos y darles sepultura, no quiero enfermedades en mi ciudad, así que enterrarlos fuera. No muy cerca del muro.-El soldado asintió y se dispuso a transmitir el mensaje a los encargados. Que serían aquellos que quedaran en la guarnición y los civiles voluntarios.

El resto de la tropa saldrían al anochecer. Tomarían al enemigo por sorpresa y lo obligarían a retirarse completamente de vuelta a su hogar. No tenía pensado cometer una masacre, tan solo asustarles lo suficiente. Cerró los ojos y respiró hondo. El aire inmundado y putrefacto entró en sus pulmones, obligándole a toser. Repugnado, se cubrió con la capa y se apresuró a volver al interior. No había tiempo que perder.